



Providencia
Vida Buena

Sistema
de Bibliotecas
Públicas

JULIO EN NOVIEMBRE

Magdalena Isabel Correa Vial
Tercer lugar



No sé cómo me vi envuelto en esto. Mi abuela llevaba varios meses diciendo que venía Julio y nadie le hacía mucho caso. Hasta que, en medio de un día caótico, en el peor momento de todos, sonó el teléfono y era ella. Con ese tono tan calmado comenzó a hablarme de miles de cosas que estaban fuera de contexto. Yo necesitaba cortar, no podía seguir en esa conversación y le dije a todo que sí.

Sí, sí, sí, abuela, no te preocupes, yo voy, sí a esto y sí a aquello. Junto con cortar, me olvidé de la conversación.

Por eso, días más tarde, cuando me llamó para preguntarme detalles de hora y otros, no sabía de qué me estaba hablando.

—Ya tengo las entradas —me dijo—, son buenas ubicaciones.

Traté de que no se notara mi desconcierto.

—Sería bueno que me buscaras a mí primero y después vamos por mis amigas.

¿Amigas? No sabía de qué me hablaba. Otra vez dije sí, sí, sí y corté. Pero esta vez, comencé a averiguar en qué me había metido.

Julio venía, y no precisamente en julio. Venía en noviembre y mi abuela había sacado las entradas hacía meses. Julio, que había poblado mi infancia con esas canciones dulces o edulcoradas que cantaban al corazón enamorado.

Esta vez, fui yo quien llamó a la abuela y acordamos que la pasaría a buscar dos horas antes del concierto.

—¿Para qué tanto, Tita? —le pregunté sabiendo su respuesta.

—Tú, hazme caso. ¿Puedes o no puedes?

Como siempre, bajé los brazos y le dije que sí, que podía.

Un día antes del concierto, fui a la compraventa de autos de Pato. Le pedí que me prestara un sedán más bajo, ya que no iba a poder subir a mi abuela y a sus amigas a mi camioneta 4 x 4.

—Tengo una cita con 4 mujeres —le dije a mi amigo—. Necesito un auto más cómodo.

—Cuatro, ¿de verdad? Pero si eres un campeón.

Ya estaba en mi casa y me sonó el teléfono. Era Pato.

—¿Cuatro, de verdad? ¿Y vas a poder con cuatro? Ya sabes que para eso están los amigos —me dijo.

Yo solo me reí y le prometí el auto de vuelta al día siguiente.

Como si fuera un cumpleaños infantil, ese jueves pasé a buscar a la Tita. Estaba preciosa, arreglada, con el pelo de peluquería y con los aros y collares que solo usaba para los matrimonios.

—Pero qué linda —le dije mientras le daba una vuelta tomándola de la mano y ella me miraba con coquetería.

Una vez en el auto, me dio la dirección de Amalia, cerca de la Plaza Las Lilas.

Amalia estaba igual de arreglada que mi abuela. Se notaba que había estado esperando que la pasara a buscar. Con cuidado y paciencia, fue caminando apoyada en su burrito hasta llegar al auto. Se subió a una velocidad que no sabía que pudiera existir. Casi media hora se tomó para sentarse y acomodar su generosa humanidad en el asiento del auto. Luego, se puso el cinturón de seguridad y yo plegué el andador para subirlo a la maleta.

Luego fuimos al lado de la Plaza Padre Letelier. Era una residencia de adultos mayores. Apenas llegué, Lucía salió con un paso redoblado que me costó seguir.

—Llegaste diez minutos tarde —me dijo con un tono marcial.

—No empieces a pelear —respondió mi abuela—. Toma un poco más de aire de tu maquinita y súbete al auto.

Ahí se sentó Lucía, al lado de Amalia. Acomodó la máquina de oxígeno que traía cruzada sobre la espalda y comenzó a respirar con más fuerza.

—La última es la Edu, cerca del Parque de las Esculturas —dijo mi abuela y me dio la dirección—. ¿Te acuerdas de ella?

A mí me sonaba el nombre.

—Mi amiga que te leía cuentos en la biblioteca de Providencia cuando tú eras niño.

No me acordaba. Pero en cuanto la vi, con esos anteojos gruesos, y me habló con ese precioso tono de voz, recordé el cuento de Barba Azul. ¡Cómo me gustaba ese cuento!

La saludé con un abrazo lleno de infancia.

—Hola, Raulito —me dijo.

—No, soy Manuel —le respondí.

Mi abuela me dio un pequeño codazo.

—Está un poco perdida —me dijo—. Te va a decir Raúl o Pablo, son nombres que siempre dice.

Tomé del brazo a Edu y la ayudé a llegar hasta el auto mientras ella se equilibraba conmigo y con el bastón. Le abrí la puerta y le ayudé a sentarse al lado de Lucía, que saludó con cariño poniéndole el nombre de Sofía. Después de guardar el bastón al lado del burrito, partimos al teatro.

El ambiente en el auto era muy divertido. Se mezclaban los aromas de los diferentes perfumes, cremas y otros afeites. Lucía hablaba de remedios, Amalia de lo que había comido y Edu insistía en que tenía una hija jovencita para presentarme. Mi abuela reía tarareando una canción de Julio y me contaba en voz baja que esa hija ya era abuela de tres nietos.

Había ido mil veces al Teatro Oriente y tomé el estacionamiento que quedaba cerca. Iba girando pisos abajo mientras las cuatro amigas repetían la inercia del movimiento. Cuando encontré un lugar, me estacioné y apagué el motor. Entonces, miré a mi abuela, me di media vuelta y les dije a las amigas:

—Listo, estamos en el piso -4. Tomamos el ascensor, caminamos unas cuadras y llegamos.

Pero el silencio me golpeó fuerte. Las cuatro mujeres me miraban con expresiones de horror detrás de sus lentes de diferentes grosores. Ninguna decía nada. Mi abuela puso las palmas de las manos hacia arriba y me mostró a cada una de sus amigas y a ella misma.

Entendí: esta salida no se iba a parecer a ninguna otra.

Fui a la máquina de pagar el estacionamiento y volví a encender el auto. Subí los cuatro pisos en el más absoluto silencio. Solo cuando salimos a la superficie, las amigas comenzaron a hablar. Fue como si las hubiera sumergido en el mar.

Entonces pensé en qué podía hacer para estacionarme lo más cerca posible del teatro, sin que ellas tuvieran que caminar mucho. Por suerte, en la puerta principal esperaba una camioneta amarilla de la municipalidad. Un par de funcionarios se acercaron y me ayudaron a bajar a mis amigas, el burrito y el bastón. Las acompañaron a la entrada mientras yo iba a dejar el auto por detrás del teatro. Cuando volví, seguían conversando.

El hombre de la entrada nos dijo que aún faltaba media hora para que nos dejara pasar, pero vio nuestras caras desencajadas y se compadeció. Yo saqué mi celular para buscar las entradas que me habían mandado. No fue necesario: Amalia tenía los cinco QR impresos a todo color y del tamaño de toda una hoja. Guardé mi celular, no servía de nada.

Tomé a Amalia y a Edu, una de cada brazo; y mi abuela se afirmó con Lucía. El acomodador nos mostró nuestra ubicación. Los asientos eran buenísimos. Cerca del escenario, pero tampoco tanto. Una vez que ya estaban sentadas, llevé el burrito y el bastón a la entrada de la sala. Luego, me senté en el asiento del medio.

Edu, apenas se sentó, sacó una bolsa de gomitas y, mientras me ofrecía, me hablaba de las bondades de su hija que me quería presentar. Amalia me pasaba una caja de chocolates, Lucía suspiraba por un cigarrillo que ya no podía fumar y mi abuela seguía tarareando una canción de Julio.

La sala comenzó a llenarse. No sabía que Julio tenía tantos seguidores. La mayoría eran mujeres de la edad de mis amigas. Estaban felices. Llegaban erguidas o con burritos, andadores y bastones. Venían elegantísimas y llenas de perfumes.

Creo que esperamos mucho rato. No lo sé. Yo me sentía como que había retrocedido en el tiempo, como que venía llegando de Júpiter, como que estaba conociendo a otra persona que era idéntica a mi abuela.

Mirar alrededor era lo más divertido que había visto. El público tenía la ilusión pintada en sus caras. No sé, yo sentía que era como de las últimas alegrías de toda esa gente, y yo era un testigo privilegiado.

En eso pensaba cuando se apagó la luz. Se oyó un grito contenido del público y una voz que anunció las medidas de seguridad del Teatro Oriente. Luego una voz bien modulada anunció a la estrella de esa noche. Habló algo de su currículum, hizo un silencio y luego dijo:

—Sin más palabras, les presento a... ¡Julio!

Los que pudieron ponerse de pie lo hicieron. Los demás movieron los brazos y lanzaron gritos algo desafinados. Julio, todo vestido de blanco, comenzó a cantar con esa voz tan dulce que envolvía al público.

Mi abuela me tomó de la mano, estaba muy emocionada. Lucía, Amalia y Edu estaban igual. Cantaban y yo con ellas. Sin saberlo, conocía todas las letras de las canciones, y eran extraordinarias.

En algún momento me desconcentré del show y comencé a mirar a la gente. Había un encantamiento general. Las luces del escenario se reflejaban en las caras mientras cantaban. Algunos se secaban las lágrimas mientras sonreían. A mí me parecía ver que los rostros se alisaban y el tiempo comenzaba a remitir. Ya no estaba sentado en medio de adultos mayores; estaba en medio de un grupo que disfrutaba, que recordaba, que amaba y que había encendido todas las ilusiones de la vida. Ya nadie pensaba en remedios ni en doctores, ni en dolores ni en tragedias; ahí todo era vida, alegría, felicidad. Algunos estiraban los brazos y se movían, otros lanzaban besos y sonreían al trovador de sus amores.

El concierto fluyó. Julio sabía cómo moverse, qué decir y cómo encantar a su público.

—Julio, Julio, Julio —gritaban.

—*Pst*, abuela —le dije cuando ya pensaba que quedaba poco para terminar—. ¿Te parece que nos vayamos un poco antes del final para poder salir más fácil?

Mi abuela me miró como si yo fuera un dinosaurio carnívoro que la quisiera atacar.

—¿Para qué? —me contestó confundida como si yo la estuviera empujando afuera de su momento mágico.

Y tenía razón. ¿Para qué? ¿Para qué quería llegar más temprano? ¿A dónde? ¿Por qué?

Me volví a sumergir en el concierto. Canté a voz en cuello. Moví mis brazos, abracé a mis nuevas amigas e incluso lloré con las canciones más tristes.

No quería que terminara. Aplaudimos tanto que Julio volvió a salir tres veces, pero él también estaba cansado.

¡Julio, Julio, Julio! Pero la cuarta vez ya no volvió a salir.

La misma voz en off de antes agradeció la presencia del público y se encendieron las luces para que pudieran ver la salida. Entonces, pude ver las caras de todas. Estaban diferentes, se habían sacado muchos años de encima, se veían contentas, divertidas, con los ojos brillantes.

—Les propongo que esperemos a que salga un poco de gente y ahí salimos nosotros.

No me dijeron nada, parecían cuatro adolescentes después de una fiesta. Ellas comentaban las canciones, los movimientos de Julio, lo maravilloso del teatro y lo que más les había gustado.

Cuando la sala se desocupó un poco, fui a buscar el burrito y el bastón. Había muchos.

—¿Cómo están mis amigas? —dije contento y ellas me miraron con coquetería.

—Sabes, Raulito, que yo tengo una hija que está soltera y quizá te la podría presentar

—dijo Edu mientras tomaba el bastón con la mano.

La miré divertido.

—¿Qué les parece si las invito a cenar a un restaurante? —les propuse.

Mi abuela empezó a reclamar que iba a ser muy caro. Lucía pidió que fuera un lugar donde se pudiera fumar, para oler el tabaco. Edu dijo que le encantaba la idea y Amalia dijo que estaba más que lista, que hacía años que no salía a un panorama así.

Lentamente caminamos hasta el restaurante de al lado del teatro. Nos sentamos bajo los frescos de Cuca Burchard; eran maravillosos.

La cena fue lo más divertido que he vivido. Con la alegría del concierto, más varias copas de buenos vinos, y mientras comían sin acordarse de hipertensiones ni gota ni colesterol, me contaban anécdotas de sus vidas; cómo se habían conocido en las plazas de Providencia. Cómo se habían hecho amigas. Las cosas que les gustaban y las que no. Lo que no entendían de las generaciones actuales.

Creo que nunca me he reído tanto. Mis cuatro amigas, mis cuatro nuevas y mejores amigas, no tenían ni un filtro para contar sus historias.

El restaurante se fue vaciando de a poco, hasta que el mozo nos dijo que era la hora de cerrar. Nunca pagué una cuenta con tanta alegría.

Ya era de noche cuando fui a dejar a Amalia. La media hora que había tomado en subirse al auto fue la que se tomó en bajarse y caminar con el burrito hasta su casa. Al despedirnos me dio un gran abrazo con algunas lágrimas en la cara.

Luego fui a dejar a Lucía. Me dijo que lo había pasado tan bien que ni se había acordado de las ganas que tenía de fumar. La maquinita de oxígeno seguía soplando mientras ella me abrazaba.

A Edu le ayudé con el bastón y le dije que aún me acordaba de cómo me contaba Barba Azul cuando yo era pequeño. Le di un abrazo. Ella me miró, coqueta, y me dijo:

—Sabes, Raúl, yo tengo una hija soltera que podría presentarte.

Le agradecí y le pedí que me mandara su teléfono con mi abuela. Quedó feliz de poder haber hecho de celestina.

Por fin fui a dejar a mi abuela. Estaba tan contenta como nunca la había visto.

—Gracias, mi Manolito —me dijo y ya no pudo hablar más.

—No tienes nada que agradecer, fue demasiado divertida esta salida, la mejor de mi vida.

La Tita me abrazó y se quedó ahí mucho rato. Me pareció sentir cómo tiritaba. ¿Lloraba o reía?

—Gracias —esta vez fui yo quien lo dijo—, gracias, abuela.

Ella esperó un rato. Luego me acarició la cara.

—En un mes viene Paloma al Teatro Oriente —me dijo subiendo varias veces las cejas—. Ya nos estamos organizando con las amigas de la plaza.

Mi abuela no daba puntada sin hilo y yo no quise contar cuántos Julios o Palomas nos quedaban juntos.

—¿Cómo te fue? —me preguntó Pato al día siguiente cuando fui a devolverle el auto y a buscar mi camioneta.

Con mi mano le golpeé el pecho.

—No te lo puedes imaginar —le dije sonriendo.

Se me acercó como queriendo que le hiciera algunas confesiones.

—¿Con las cuatro?

—No te puedes imaginar, la mejor cita que he tenido —insistí.

Tomé las llaves de mi camioneta y me subí lo más rápido que pude. Avancé unos metros haciendo sonar el motor de mi 4 x 4.

—En un mes, ¿me prestas el auto otra vez?

Y salí lo más rápido que pude, dejando a Pato con la boca abierta.